

LA CUCHARA DE PLATA

Memorias de una infancia en el Japón Meiji

Kansuke Naka


QUATERNI

Prólogo

Kansuke Naka nació el 22 de mayo de 1885 en Kanda, un barrio de Tokio, ubicado en el actual distrito de Chiyoda. Naka provenía de una familia de guerreros (samuráis) que sirvieron al clan Imao durante el shogunato Tokugawa (1603-1868). Los Naka se asentaron originalmente en el país de Mino (actual prefectura de Gifu), pero, tras el establecimiento del nuevo gobierno de Meiji, se trasladaron a Tokio para dedicarse al comercio, teniendo un importante éxito. La misma suerte corrieron las familias de otros escritores japoneses. Un claro ejemplo es Kidō Okamoto (1872-1939), cuyas obras han sido publicadas por Quaterni. Sin embargo, cabe señalar que no todas las familias de samuráis lograron sobresalir en las nuevas condiciones sociales de la era Meiji (1868-1912).

Ahora bien, en el caso de Kansuke Naka, no cabe duda de que la relativa prosperidad de su familia fue un factor determinante en su carrera literaria. Kansuke era el quinto hijo de los Naka y, debido a los problemas de salud de su madre y del propio Kansuke, su tía, la hermana de su madre, se hizo cargo de su crianza. Por esta razón, en los primeros años de su infancia pasó la mayor parte del tiempo en casa con su tía y tuvo muy poco contacto con el exterior.

Sin embargo, la salud de Kansuke mejoró en los años siguientes y pudo asistir con regularidad a la escuela y en 1902 ingresó al Bachillerato Número Uno (actual Colegio de Artes y Ciencias de la Universidad de Tokio). Allí conoció a Sōseki Natsume (1867-1916), el escritor más importante de la era Meiji, quien, en 1903, tras regresar de sus estudios en Inglaterra, se incorporó al mismo instituto como profesor. Sōseki (en Japón no se le conoce por su apellido sino por su nombre) aún no era escritor, ya que todavía no había publicado su primera obra, *Soy un gato* (1905). No obstante, gracias a las clases del profesor Natsume, el joven Kansuke tuvo la oportunidad de conocer la literatura japonesa e inglesa.

Es importante señalar que muchos de sus compañeros en el Bachillerato Número Uno llegaron a ser importantes figuras literarias, así como políticos e intelectuales. Uno de ellos fue Shigeo Iwanami (1881-1946), fundador de la editorial Iwanami Shoten, con quien Kansuke entabló una buena amistad. Esta editorial, fundada en 1913, es una de las más prestigiosas de Japón y se ha dedicado principalmente a publicar libros tanto de historia, ciencias y humanidades, así como de literatura japonesa y mundial. Uno de sus primeros *best-sellers* fue precisamente la novela de Sōseki *Kokoro*, publicada en 1914.

Pero volvamos el relato a la vida de Naka. Tras finalizar sus estudios de bachillerato, en 1905, Kansuke ingresó en el Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad Imperial de Tokio (actual Universidad de Tokio), en la cual Sōseki también daba clases. En octubre de 1906, murió su padre y en enero de 1909, seis meses antes de

la graduación de Kansuke, su hermano mayor, Kin'ichi, quien era profesor de la universidad Imperial de Kyūshū, sufrió una hemorragia cerebral. Kin'ichi logró salvarse, pero acabó con afasia, lo que le imposibilitó volver a trabajar.

Todo indicaba que Kansuke tendría que cuidar a su hermano y convertirse en el pilar de su familia. Sin embargo, tras graduarse en la universidad, en julio de 1909, Kansuke no regresó a la casa de sus padres. Se alistó en el ejército, pero se dio de baja casi de inmediato, comenzando una vida errante. Así, durante el verano y otoño de 1912 escribió la primera parte de su novela *La cuchara de plata* y se la envió a Sōseki. El afamado escritor elogió su obra y le recomendó que la publicara por entregas. De este modo, a partir de abril de 1913 hasta junio del mismo año, Kansuke publicó *La cuchara de plata* en el diario *Tokyo Asahi*. Más tarde, entre abril y junio de 1915, también por recomendación de Sōseki, publicó la segunda parte en el mismo diario.

La publicación de *La cuchara de plata* convirtió a Kansuke Naka en uno de los escritores más prometedores de la época. Sin embargo, durante los cinco años siguientes no escribió nada y continuó su vida errante. Solo tras regresar a la casa familiar en 1920 a causa del empeoramiento en la salud de su hermano, decidió retomar la escritura. Así, en mayo de 1921 publicó en la editorial Shinchōsha su segunda novela, *Devastada*. Posteriormente, en diciembre del mismo año, gracias a la ayuda de Shigeo Iwanami, Naka publicó en Iwanami Shoten, *La cuchara de plata*. En los años posteriores, siguió publicando sus obras

con la misma editorial y, tras una carrera prolífica como escritor, a los 79 años, falleció el 3 de mayo de 1965 en el distrito de Chiyoda, en Tokio.

Una vez esbozada la vida de Naka, quisiera comentar la importancia de *La cuchara de plata*. No pienso ahondar en su contenido y solo me gustaría hacer algunas observaciones.

La cuchara de plata es una novela autobiográfica, escrita por Naka en un momento difícil de su vida. Como ya se ha mencionado, en 1909, su hermano mayor, Kin'ichi sufrió una hemorragia cerebral. Como único hijo varón de los Naka, lo lógico hubiera sido que Kansuke se dedicara a una profesión estable para mantener a la familia, pero él rechazó este destino y decidió convertirse en escritor. Así, basándose en sus experiencias infantiles, escribió una novela que narra los «años maravillosos» de un niño adolescente. El éxito comercial de la novela fue tan grande que, según Iwanami Shoten, es el tercer libro literario de bolsillo (*buko*) más vendido de la editorial, solo superado hasta la fecha por *Kokoro* y *Botchan* (1906) de Sōseki.

¿Por qué tuvo tanto éxito? Una primera razón fue la conexión con Sōseki, ya que fue él quien recomendó la novela. Sin embargo, fue el género literario utilizado por Naka el que cautivó a millones de lectores. Se trata de la narrativa autobiográfica, género del que Naka fue un claro precursor.

La cuchara de plata fue la primera novela autobiográfica que conmovió y emocionó a muchos lectores japoneses. En Japón, a este género se le conoce como *shishōsetsu*. Otros

autores como Dazai Osamu, Yukio Mishima o Akiyuki Nosaka cultivaron posteriormente también este género con bastante éxito.

Finalmente, una última razón por la que *La cuchara de plata* logró un gran éxito fue que Takeshi Hamamoto (1912-2013), un profesor de lengua japonesa en el Colegio Secundario de Nada, utilizara el libro como texto para sus clases. Esta escuela privada es una de las más prestigiosas de la región de Kansai, y muchos de sus estudiantes ingresaron posteriormente en las mejores universidades del país, para terminar ocupando importantes puestos en el gobierno y en las principales empresas de Japón.

Hamamoto trabajó en esta escuela durante casi 50 años (1934-1984) y, tras la guerra, en lugar de utilizar los libros de texto oficiales, eligió la obra de Naka. Los alumnos tenían que leer *La cuchara de plata* a una velocidad sumamente lenta, durante los tres años de secundaria. La idea de Hamamoto era que los estudiantes se identificaran con el personaje de Naka, que tenía más o menos su misma edad. Además, como el libro se publicó originalmente por entregas, cada episodio era analizado de forma individual en cada clase. Hamamoto consiguió que sus alumnos comprendieran cada palabra de la obra, pero también que la analizaran en profundidad desarrollando ejercicios específicos sobre cada capítulo, lo que les permitió desarrollar muchas habilidades expresivas y enriquecer su nivel de japonés. Este tipo de metodología pedagógica fue totalmente original en su época (y quizá incluso hoy en día), transformando la obra

de Kansuke Naka en un vehículo para la formación de los estudiantes de élite.

No les robaré más el tiempo. Les deseo que disfruten de la novela al tiempo que buscan ustedes mismos el significado de cada uno de los episodios, como si fueran uno de los alumnos o alumnas del profesor Hamamoto.

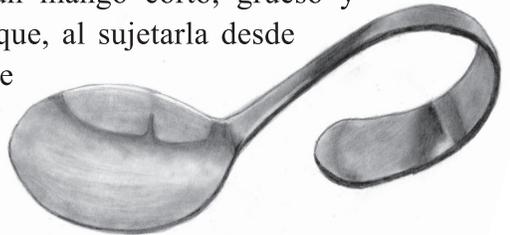
Isami Romero
Abril de 2024

Isami Romero es colaborador de Quaterni y ha traducido numerosos libros como la *Guía ilustrada de monstruos y fantasmas de Japón*, la *Antología de relatos japoneses* y la selección de relatos de terror *Kaiki. Cuentos de terror y locura*, entre otros. Es además profesor universitario en la universidad agroveterinaria de Obihiro. Su especialidad es la historia diplomática de Japón.

Primera parte

1

En una de las estanterías de mi estudio hay un cajón repleto de chatarra en el que he guardado una cajita desde hace mucho tiempo. Está hecha de corcho y recubierta con tiras de papel estampadas con peonías allí donde se ensamblan sus caras, seguramente dedicada a almacenar tabaco en polvo importado desde Occidente en sus orígenes. Aunque no tenga nada de especial, sus colores apagados, el tacto suave de la madera y el delicado «clic» que emite al cerrarse la convierten en uno de mis objetos favoritos del mundo. En su interior, guarda un cauri y semillas de camelia, entre una miscelánea de trebejos con los que jugaba de crío, pero, hay uno de ellos, una cuchara de plata de curiosa forma, que soy incapaz de olvidar. Tiene una cabeza redonda de alrededor de dos centímetros de diámetro y un mango corto, grueso y ligeramente curvado, por lo que, al sujetarla desde el extremo, pesa más de lo que uno se espera. De cuando en cuando, la saco de la caja, la desempolvo con cuidado y



me quedo mirándola durante un buen rato; si me paro a pensarlo, ha pasado ya un tiempo desde que encontré esa cucharilla de plata.

En casa siempre ha habido una alacena. Desde el momento en que crecí lo suficiente como para alcanzar los cajones y las puertas de puntillas, me aficioné a abrirlos y cerrarlos para escuchar sus chirridos y crujidos. Uno de los dos cajones contiguos con pomos de caparazón de tortuga estaba dañado y requería más fuerza de la que podía tener un niño, pero eso no hizo más que avivar mi curiosidad hasta que, un buen día, conseguí abrirlo. Con el corazón a mil por hora, volqué sus contenidos sobre el tatami y allí encontré, entre pisapapeles y *netsukes*¹, la cuchara de plata, que llevé inmediatamente a mi madre.

—¿Me la puedo quedar?

Mi madre, que estaba trabajando en el salón con las gafas puestas, se mostró sorprendida ante mi pregunta, pero tan solo dijo: «Cuídala bien». Pese a mi alegría, sentí cierta decepción ante tan rápida e inusual aprobación por su parte. El cajón se había roto durante la mudanza de Kanda a Yamanote, contaba mi madre mientras tejía, y la cuchara de plata y su larga historia habían caído en el olvido.



¹ Miniaturas que servían para anudar cajitas de papel, madera, metal o marfil al cinturón del kimono, ya que este carecía de bolsillos.

2

Cuando nací, mi madre tuvo un parto especialmente complicado. Aunque contaba con la ayuda de una matrona de renombre, tuvieron que llamar a un experto en medicina china, el doctor Tōkei, cuyos métodos no resultaron de mucha ayuda a la hora de traerme al mundo. Mi padre, un hombre impaciente y de mal temperamento, perdió rápidamente los papeles ante el doctor, quien, con total desconcierto, comenzó a leerle pasajes de su libro de medicina, desesperado por demostrar que no existía error alguno en su tratamiento con la intención de apaciguar las aguas. Tras pasar por un infierno, mi madre consiguió darme a luz. No obstante, la imagen del doctor Tōkei, fatigado, relamiéndose el dedo para pasar una a una las páginas de su libro y sacando simultáneamente un sinfín de medicamentos de su maletín, pasó a formar parte del repertorio habitual de imitaciones de la tía con la que me crie, una mujer guasona, y fue el detonante principal de risas en mi familia durante mucho tiempo.

Además de venir al mundo con problemas digestivos, poco después del parto, me salió una erupción por la cabeza y el rostro que me hacía parecer, en palabras de mi madre, «una piña», por lo que seguí requiriendo los cuidados del doctor Tōkei. Para evitar una infección interna, me hacía tomar un preparado medicinal negro y polvo de cuerno de rinoceronte cada día. Puesto que la boca de un niño es demasiado pequeña para una cuchara normal, mi tía había encontrado la cucharilla por algún sitio y me hizo beber con

ella la medicina durante el tiempo que duró mi enfermedad. Yo no conocía este relato, pero, al escucharlo por primera vez, me invadió una extraña nostalgia por el objeto. Según me han contado, arrugaba la nariz y parecía disfrutar mucho siempre que mi madre y mi tía se turnaban para frotarme las heridas con sacos de salvado de arroz rellenos de judías *azuki*, pues me pasaba día y noche sin poder dormir por culpa del picor que me provocaban los sarpullidos que me salían por todo el cuerpo.

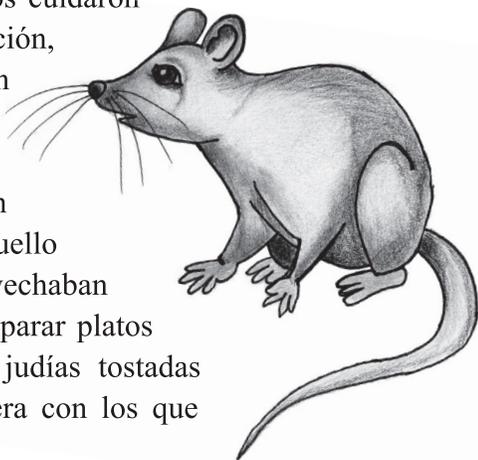
Fui un crío débil y frágil durante toda mi infancia, y sufría dolores de cabeza cada tres días, motivo por el que mi familia contaba a los invitados que me habían hecho daño al golpearme accidentalmente con uno de los sacos de salvado de arroz. Así pues, como mi nacimiento había supuesto tal carga para mi madre que todavía no se había recuperado del parto y mis padres no disponían de otros medios, se decidió que sería mi tía, quien, convenientemente, vivía ya en casa con nosotros, la encargada de mis cuidados a única excepción del amamantamiento.

3

El marido de mi tía era un samurái de rango inferior de la región llamado Sōemon. Ambos eran buena gente, pero no trabajaban demasiado y pasaron un mal trago con la llegada la Restauración Meiji. Tras la muerte de Sōemon durante uno de los brotes de cólera, la situación económica de mi tía pasó a ser tan insostenible que no le quedó más remedio que mudarse con nosotros. Allí donde vivían,

ya fuese por necesidad o no, era habitual que la gente se aprovechase de la bondad de mis tíos, siempre dispuestos a prestar dinero, aunque eso significase no tener para comer ellos mismos. Como era de esperar, no tardaron mucho en quedarse al borde de la quiebra, y aquellos que habían tirado su dinero por la borda los miraban con desdén mientras proclamaban: «No se puede ser tan bueno». Lo cierto es que acudieron a personas específicas para recuperar sus préstamos cuando empezaron a tener problemas más serios, pero siempre acababan rindiéndose entre lágrimas ante las historias más patéticas imaginables y volvían a casa repitiendo «¡Qué lástima!» y «¡Pobrecitos!» una y otra vez.

Por si todo lo anterior fuese poco, también eran personas extremadamente supersticiosas. En una ocasión, compraron unos ratones blancos porque, según ellos, eran los mensajeros del dios Daikokuten². Los cuidaron y alimentaron con suma devoción, hasta los bautizaron como «don y doña Fortuna», hasta que comenzaron a reproducirse e infestaron la casa entera. Sin embargo, para mis tíos, aquello fue una señal divina, y aprovechaban cada ocasión especial para preparar platos de arroz con judías *azuki* o judías tostadas servidos en una caja de madera con los que



² Dios budista del comercio y la prosperidad, y uno de los siete dioses de la fortuna.

alimentaban a los ratones. Cuando habían confiado hasta la última moneda y los ratones de la fortuna habían devorado hasta el último grano de arroz, mis tíos se marcharon con lo puesto y se instalaron aquí con nosotros, que acabábamos de mudarnos para acompañar a nuestro señor. El cólera acabó con la vida de Sōemon poco tiempo después y mi tía se quedó viuda. Por aquel entonces, solía contar que la culpa de la epidemia del *korori*³ la tenían los cristianos, que habían mandado a un zorro maligno desde Occidente para acabar con los japoneses en dos ocasiones; el «primer *korori*» y el «tercer *korori*». Sōemon fue trasladado a un centro de aislamiento durante el primero donde, contaba ella, dejaban morir a los pacientes febriles y ennegrecidos sin ofrecerles un solo trago de agua antes de quemarles los intestinos.

La única alegría en la vida de mi tía fue criarme. En parte, porque no tenía casa ni hijos, era mayor y no tenía un futuro que la mantuviese expectante, pero también había otro trasfondo más misterioso y supersticioso para su apego hacia mí. Cuando mi hermano, que sería un año mayor que yo si siguiese vivo, murió de epilepsia poco después de nacer, mi tía vivió el luto como si hubiese perdido a su propio hijo. Se pasaba los días llorando desconsoladamente y repitiendo una y otra vez «¡Vuelve a nacer!». Así que, cuando nací al año siguiente, la mujer lo interpretó como un regalo de Buda, y decidió dedicarse en cuerpo y alma a mi crianza. Sin lugar a dudas, debe haber

3 Juego de palabras con el que se bautizó popularmente al cólera derivado de la relación entre su pronunciación japonesa (*korera*) y el significado de *korori* (desplomarse o morir súbitamente).

sido gratificante creer que aquel crío impuro y cubierto de heridas recordaba sus oraciones y había abandonado su lugar junto a los lotos del Paraíso solo para satisfacerla. Por consecuencia, cuando cumplí cuatro o cinco años, empezó a llevarme con ella al altar en el que realizaba sus ofrendas a Buda —algo que hacía cada mañana, como buena devota que era—, y me hizo memorizar el nombre budista de mi hermano, Ikkan Sokuō Dōji, «El niño que respondió a la llamada», pese a que yo todavía no había aprendido a decir la primera sílaba del alfabeto japonés, pues afirmaba que ese había sido también mi nombre durante mi estancia en el Paraíso.

4

A excepción de los momentos que pasábamos en casa, me colgaba instantáneamente de la espalda de mi tía cada vez que ponía un pie en la calle. Parece ser que ella tampoco quería soltarme, pues aguantaba entre quejidos sobre sus dolores de espalda y extremidades adormecidas. Hasta más o menos los cinco años, apenas había pisado el suelo un par de veces y, cuando me bajaba por algún motivo trivial como ajustarme el cinturón del kimono, tenía que aferrarme al borde de su manga porque sentía que la tierra se tambaleaba bajo mis pies. Por aquel entonces, llevaba un cinturón azul pálido atado al pecho del que colgaban una campanita y un amuleto del monte Narita, ambos idea de mi tía. El amuleto, para evitar que me hiciese daño o me cayese en una zanja o un río, y, la campanita, para que me escuchase si me

separaba de ella en algún momento, ya que la mujer tenía miopía. Sin embargo, para un niño incapaz de despegarse de su espalda, tanto uno como otro terminaron resultando innecesarios.

Como mi cuerpo era tan débil, mi desarrollo intelectual fue tardío, motivo por el que caí en una depresión tan grave que hasta me impedía esbozar una simple sonrisa, y las pocas que conseguía iban siempre dirigidas a mi tía. Además, no hablaba ni casi respondía. En lugar de ello, me mantenía en completo silencio incluso cuando estaba de buenos ánimos, y escondía, entre sollozos, la cara en la espalda de mi tía ante el mero atisbo de un rostro extraño. Se me marcaban las costillas en el cuerpo enclenque y tenía los ojos hundidos en la cabeza, la única parte grande de todo mi ser. Aquello hizo que mi familia entera se pusiese de acuerdo para llamarme «pupillo». Además, al ser tan pequeño, no sabía pronunciar correctamente «Kanbō»⁴, y tenía mi propia forma de llamarme a mí mismo: «Kanpon».

5

Nací en el lugar más «kandiano» de todo Kanda, donde los incendios, peleas, borrachos y robos estaban a la orden del día. Los locales del barrio que quedaron

4 El sufijo *bō*, que significa «niño», se puede añadir a un nombre para formar un apelativo cariñoso. En este caso, puesto que el autor se llama Kansuke, el resultado sería «Kanbō». No obstante, Kansuke pronunciaba «Kanpon» porque era una sílaba más sencilla para su yo niño que todavía no había aprendido a hablar correctamente.

Otros libros de interés

DOCE CUENTOS JAPONESES UN GRAN DESCUBRIMIENTO



Una cuidada selección de relatos de algunos de los más populares narradores japoneses del siglo xx.

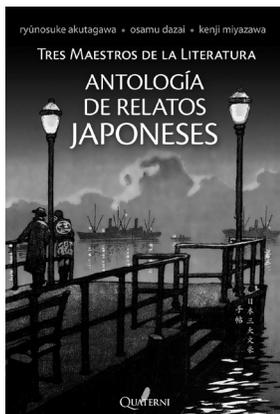
Estos cuentos, en sus orígenes, supusieron un gran escándalo para la sociedad de la época y que, con el paso del tiempo, se han convertido en lecturas obligatorias para todo aquel interesado no solo en la literatura oriental, sino simplemente en la buena literatura.

Un japonés que descubre que los occidentales no son tan diferentes a ellos, las reflexiones de un hombre que lucha por superar el asesinato de su familia, las aventuras de uno de los ladrones más peculiares del periodo Edo, una carrera por Siracusa en la que está en juego una vida, un duelo entre la magia y la ciencia, la historia de cómo el sushi puede cambiar la vida de un hombre o la constatación de que la percepción que tenemos sobre los valores y el código de honor de los samuráis no siempre es correcta son solo algunos ejemplos de los relatos que encontraremos a lo largo del libro.

Doce miniaturas inéditas, traducidas directamente del japonés y que conforman un libro que supondrá para el lector occidental un gran descubrimiento.

TRES MAESTROS DE LA LITERATURA

ANTOLOGÍA DE RELATOS JAPONESES



Japón, primera mitad del siglo xx, roto el aislacionismo el país se está militarizando y transformándose en una potencia emergente en Asia. En su interior, pese a los recelos de los poderes conservadores, el gobierno de Meiji está gestando los primeros intentos de establecer una democracia moderna.

En medio de esta convulsa sociedad, surgen tres de los mejores escritores del Japón contemporáneo: Ryūnosuke

Akutagawa, Kenji Miyazawa y Osamu Dazai, quienes a pesar de su temprana muerte, dejaron un legado insuperable en la literatura japonesa.

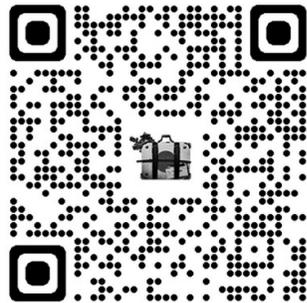
En esta antología, lectura imprescindible para todo aquel que quiera disfrutar de la prosa exquisita de tres de los mejores escritores de la literatura asiática de todos los tiempos, disfrutaremos de una selección de relatos que nos arrastrarán a un país plagado de mitos y leyendas ancestrales, un remoto lugar en el que misterio y realidad van de la mano.

COMUNIDAD QUATERNI

El punto de encuentro de los/las amantes del
LEJANO ORIENTE



**ÚNETE Y
COMPARTE
AFICIONES**



comunidad.quaterni.es

FOROS DE PAISES DEL LEJANO ORIENTE



CHINA



COREA



JAPON

FOROS DE AFICIONES



LIBROS



ONES Y SERIES



COMEDIA



COSAS FRIKIS



MANGA Y
MANHWA



MITO Y
FOLCLORE



QUATERNI

SI TE GUSTA LEER...

Libros gratis

- Novelas.
- Light novels.
- Cómics, manga, manwha.

SI TE GUSTA ESCRIBIR...

Escribe y comparte

- Novelas
- Light novels
- Cómics, manga

VISITA:

comunidad.quaterni.es